

PÁGINAS INFANTILES

Los pequeños luchadores

Uno de los exponentes más notables de la civilización en todo pueblo grande, es el que presentan esos pequeños luchadores de la vida, que se dispersan por sus calles y avenidas como bandadas de gorriones, alegres y bulliciosos con la dicha del vivir en los ojos y la vivacidad de la fuerza embrionaria en sus pequeños músculos.

Buenos Aires es una de las pocas grandes ciudades que presenta como ninguna esta característica de su progreso.

Fijamos nuestra atención en esos niños vendedores de diarios, y nos preguntamos: ¿de dónde surge ese cardumen de pequeños seres, combatientes casi desde el nacer, en la lucha de la vida?

— ¡Son mis hijos! — dice la civilización.

Los pueblos en que ésta se ha olvidado, ó que simplemente no la han experimentado jamás en su forma grande y efectiva, no presentan ese espectáculo alegre al mismo tiempo que conmovedor.

Esos innumerables pequeños vendedores de diarios son la vanguardia, los *éclaireurs* de nuestra vida de trabajo. Ellos son en sí un fruto de nuestras necesidades engendradas en la actividad de nuestra existencia especulativa. Son un estímulo del bien, y hasta de la cultura nacional.

Cuando el sol no calienta todavía, cuando todo el mundo duerme en sus hogares, cuando sólo el agente de facción se ve en las esquinas de las calles, aterido por el viento glacial de la pasada noche, esta innumerable bandada de pequeños luchadores corre apresuradamente hacia las imprentas á esperar el tiraje de los diarios matinales, para repartirlos y venderlos por todos los ámbitos de la ciudad.

Hay muchas bellas cosas que pasan con bastante frecuencia desapercibidas á nuestros ojos, y que si alguna vez pensamos en ellas no lo hacemos con la profundidad de conciencia que merecen. Por eso he creído que la nota de observación que hoy ofrezco al hablar de nuestros pequeños vendedores de diarios, despertará un interés cariñoso hacia ellos en todas las almas buenas y fundamentalmente caritativas.

Me he imaginado muchas veces y hasta he visto á esos niños frente á las imprentas en las madrugadas crudas del invierno, y me he dicho: Estos niños, que aún necesitarían dormir al amparo del calor materno, y que á pesar de eso están aquí indiferentes al parecer, á las inclemencias del tiempo, á las incertidumbres de su buena ó mala suerte en el trabajo, á las sevicias y explotaciones de sus capataces, son verdaderamente dignos de una atención mayor por parte de los que rigen los destinos morales de este pueblo.

Ellos llevan á sus hogares, con el fru-



to de su pequeño comercio, tal vez el pan y la leche para nutrir á sus más tiernos hermanitos, y quizá también á sus padres enfermos ó inutilizados por los años para el trabajo.

Sus voces alegres y sus figuras casi siempre graciosas en medio de su indigencia, se sienten y se ven caracterizando desde bien temprano el aspecto activo de la ciudad.

Ellos son las primicias de una vida que empieza á despertarse.

¿A qué horas comen y á qué horas duermen? No lo sabemos. Su aparición es tan efímera como la impresión que producen en el ánimo las hojas que pregonan y venden. Como esas miríadas de bichitos que aletean alrededor de los grandes focos, apenas resplandece la gran luz del sol, desaparecen, hasta la tarde,

(Sigue en la pág. 115).